

FILOSOFÍA Y POESÍA. TENSIONES Y CONFLUENCIAS ESENCIALES

PHILOSOPHY AND POETRY. ESSENTIAL TENSIONS AND CONFLUENCES

Samuel Manuel Cabanchik
Universidad de Buenos Aires
samuel.cabanchik@gmail.com

Recibido: 06/03/2025

Aceptado: 18/06/2025

Resumen: Desde su nacimiento en la antigua Grecia, la filosofía se vio exigida por clarificar su vínculo con la poesía, de un modo tan esencial al menos como con la retórica y su deriva sofística. En el presente ensayo, consideramos estas complejas relaciones a través de ejemplos que nos resultaron paradigmáticos, tomados de la historia de la filosofía y de la historia de la poesía. Comenzamos por mostrar la ambivalencia de la posición platónica para indicar, precisamente, cómo la cuestión gravita ya en los comienzos mismos de la filosofía, para concentrarnos luego en un par de ejemplos contemporáneos contrapuestos: Schopenhauer y Frege. Respecto de este último, mostramos que algunos aspectos de sus argumentos semánticos dependen del uso metafórico de lenguaje, en un sentido que, de acuerdo a su propia conceptualización de la diferencia entre representación y pensamiento, lleva a cuestionar la diferencia establecida, mostrando que, contra su orientación, debe aceptarse que hay pensamiento. En esa misma línea, ilustramos el pensamiento poético a través de argumentos y poemas de algunas obras paradigmáticas, como son las de Antonio Machado, Fernando Pessoa y Paul Valéry, entre otros. A partir de todas esas fuentes, creemos suficientemente mostrado que el pensamiento filosófico y el poético mantienen puntos de confluencia, sea en el impulso en el que se originan, sea en sus expresiones finales. Esta confluencia no suprime las tensiones entre la imagen y la idea, por así resumir, pero menos aún reniega de sus vínculos esenciales.

Palabras clave: Filosofía, poesía, imagen, idea.

Abstract: Since its birth in ancient Greece, philosophy has been compelled to clarify its connection with poetry, at least as fundamentally as with rhetoric and its sophistic drift. In this essay, we consider these complex relationships through paradigmatic examples taken from the history of philosophy and the history of poetry. We begin by showing the ambivalence of Plato's position to indicate, precisely, how the question gravitated from the very beginnings of philosophy. We then focus on a pair of contrasting contemporary examples: Schopenhauer and Frege. Regarding the latter, we show that some aspects of his semantic arguments depend on the metaphorical use of language, in a sense that, according to his own conceptualization of the difference between representation and thought, leads to questioning the established distinction, showing that, contrary to his orientation, it must be accepted that there is poetic thought. Along the same lines, we illustrate poetic thought through arguments and poems from some paradigmatic works, such as those of Antonio Machado, Fernando Pessoa, and Paul Valéry, among others. From all these sources, we believe it has been sufficiently demonstrated that philosophical and poetic thought maintain points of convergence, both in the impulse from which they originate and in their final expressions. This confluence does not eliminate the tensions between image and idea, so to speak, but even less does it deny their essential links.

Keywords: Philosophy, poetry, image, idea.

“Tratar el pensamiento como un poema”

Henri Meschonnic

Mientras espera su ejecución, en su último día ante el patíbulo, Sócrates ensaya una fábula a lo Esopo, después de haberlas versificado en un tiempo en el que escribía poemas. Al menos esto relata Fedón como personaje del homónimo diálogo de Platón. Más importante aun para nuestro tema, según ese testimonio, a un paso de la muerte Sócrates recuerda a sus amigos un sueño que recurrentemente ha tenido, en el que recibía la exigencia de dedicarse a la poesía o a la música. Agregó que en un comienzo interpretó que cumplía con esa orden precisamente al practicar la filosofía, pero que luego asumió más estrictamente el mandato de los dioses de hacer versos convirtiendo en tales las fábulas de Esopo. ¿Qué sentido otorgarle a esta introducción de uno de los diálogos más significativos de Platón?

Aun cuando la ordenación cronológica de los diálogos ha sido largamente motivo de controversia entre los filólogos, la ubicación más probable de la redacción del *Fedón* es después del primer viaje de Platón a Sicilia. La secuencia pudo ser *Fedón-República-Fedro* o *Fedón-Fedro-República*. No menciono estas precisiones filológicas por sí mismas ni con la pretensión de autorizarme en una competencia que no tengo. Pero me parecen significativas estas posibles secuencias a la luz del tema de la valoración de la poesía en la obra de Platón. Porque ha sido reiterado el comentario de la expulsión de los poetas de la república ideal, recomendada o decretada en el capítulo X de *República*, como el lugar paradigmático de la obra del filósofo en la que éste habría declarado su enemistad con la poesía. Sin embargo, esa vehemente condena podría deberse, por parte de Platón, a una reacción contra su propio temperamento: místico por un lado; poético por el otro. En el *Fedón* la dimensión mística es explícita y es en ese diálogo anterior a *República*, en el que se le atribuye a Sócrates la vinculación, incluso la identidad, entre filosofía y poesía. Por su parte en el *Fedro* podríamos encontrar, aunque a través de inextricable mezcla, una tendencia a hacer converger la politicidad de *República* y el misticismo poético del *Fedón*.

Por otra parte, como observa agudamente Ben Lerner, por la negativa el lugar que se da a los poetas en la república ideal es enorme: el de la amenaza, podríamos resumir. Y esto podría ser así, no a causa de una animosidad contra la poesía, sino contra los poemas que siempre se hallan a una distancia infranqueable en relación al Poema ideal, ese que cumpliría con el germen poético. En palabras de Lerner:

Sócrates es el más sabio de entre las personas porque sabe que no sabe nada; Platón es un poeta que se mantiene muy cerca de la Poesía porque rechaza los propios poemas. (...)
El famoso ataque de Platón contra los poetas se puede leer, por tanto, como una defensa de la Poesía frente a los poemas. (Lerner, 2016, pág. 21)

Como sea, si en el comienzo de nuestra consideración de las relaciones entre filosofía y poesía remitimos a Platón, no es buscando alcanzar alguna conclusión relativa a la interpretación de su obra al respecto. Claro que en cierto sentido hay literatura y aun poesía en ella, pero no menos cierto es que su orientación dominante es afianzar la especificidad y aun superioridad de la filosofía frente a la tradición mítica, la retórica sofística y también ante la poesía del rapsoda que no puede dar cuenta de lo que canta ni del sentido de la canción.

De todas maneras, más que en Sócrates habría que pensar en Platón mismo como reconociendo una música o poesía del pensamiento. ¿Sería esto necesariamente un problema para la filosofía? En otras palabras, ¿cuáles son aquí las relaciones sugeridas entre filosofía y poesía? Dejando de la lado las respuestas que puedan dar los especialistas en la obra platónica, nuestro asunto es hacernos cargo de esa venerable fuente como un legado, porque

la cuestión, lejos de desaparecer, no ha hecho más que intensificarse, especialmente en los últimos dos siglos.

Admitamos hablar de poetas filósofos, al menos desde la perspectiva asumida por algunos de los mayores poetas desde las últimas décadas del siglo XVIII hasta las últimas del siglo XX, sin por ello dar por zanjada ninguna de las preguntas que dan consistencia al problema que nos ocupa.

Muchas agua corrió bajo los puentes de las ciudades filosóficas desde Platón y Aristóteles para llegar a esta profesión de unidad entre filosofía y mitología (reinterpretable como poesía) planteada en estos términos u otros incluso reduccionistas, programa que harán suyo no solo el romanticismo del idealismo alemán sino varios de los intérpretes filosóficos de Hölderlin, por caso. En efecto, si Platón expulsa a los poetas de su república, es en nombre de los perjuicios formativos y políticos que para la sociedad se sigue de la influencia de los poetas, a causa de que estos nos alejan de las Ideas, paradigmas de lo real, hechizando al pueblo, podríamos decir, con imágenes que a través de su función mimética sustituyen a la Idea o distorsionan el vínculo entre estas y las cosas que toman su realidad a partir de su participación en ellas.

Previo a considerar las consecuencias pedagógicas y políticas de la fusión de la filosofía con la poesía, fusión que terminará redundando las más de las veces en una *reducción* de la una a la otra, debemos formularnos una pregunta más específica e interesante. Asumiendo que la clarificación de la naturaleza del pensamiento y su capacidad para *captar* y *decir* lo real es el asunto propio del filosofar, cabe preguntar si hay pensamiento poético y, viceversa, si la filosofía, despojada totalmente de su poeticidad, no pierde la senda de ese decir, y aun de su propio pensar.

Partamos del reconocimiento de una tensión entre dos maneras distintas de concebir al pensamiento, una en la que predomina la perspectiva *lógica* y otra dominada por la visión *poética*. Ambas perspectivas reconocerán, irremediamente, que es el lenguaje el medio del pensamiento. Pero esto no propicia conciliación alguna sino que, muy por el contrario, constituye la condición misma de la que se alimenta la querella. Si el poeta concibe a la poesía más allá del poema y el lógico al pensamiento más allá de la proposición lingüística, será tarea de ambos dar cuenta de cómo el pensamiento se concretiza en el poema o en la proposición. Y, finalmente, cómo en cada caso hay una camino hacia un decir verdadero acerca de lo que es, en el más amplio sentido metafísico.

De la historia de la filosofía contemporánea, ejemplos paradigmáticos de uno y otro extremo resultan las obras de Arthur Schopenhauer y de Gottlob Frege. En resumen, en su monumental *El mundo como voluntad y representación*, el primero sostuvo que justamente es la poesía – aunque en forma más misteriosa y perfecta aún lo sea la música – la que *con ayuda del arte del lenguaje* es capaz de permitirnos captar las Ideas mismas, en el sentido platónico. Si bien desde su perspectiva, el lenguaje es el medio del concepto, que siendo abstracto no nos permite acceder intuitivamente a lo real más allá del todo de la representación que es el mundo, el arte poético interviene para permitirnos conocer las Ideas como objetos de concreción intuitiva, contemplarlas más allá tanto de la voluntad como de la representación.

Por el contrario, ese gran lógico y filósofo que fue Frege, sin referirse que yo sepa a la obra de Schopenhauer, también se enfrentará a la totalización de la representación y a la búsqueda de un acceso a lo real más allá de la misma. Pero operará en un sentido contrario, expulsando a la poesía del reino del pensamiento, con no menos decisión que lo hiciera Platón

de su sociedad ideal. Así como más tarde Martín Heidegger dirá – no muy lejos de Schopenhauer – que la ciencia no piensa, podríamos atribuir a Frege el epígrafe: *la poesía no piensa*. A continuación intentaré reconstruir sumariamente cómo llega Frege, aun expresada en otros términos, a esa conclusión.

Quizá toda filosofía se construye para conjurar un fantasma. ¿Habría sido el de Schopenhauer la voluntad? Sumergida en la ficción de su cosa en sí, opera detrás de nuestros deseos, los que inevitablemente nos encadenan al principio de individuación y con él, al tiempo, al espacio y a la causalidad. El arte, y muy especialmente la poesía, la música y, en la medida en la que converja con ellas, la filosofía, eran las únicas vías abiertas para trascender hacia lo otro de la representación. Pero en esta construcción, la representación, más que un cierre fobígeno, es una gozosa oportunidad para romper las cadenas de lo que lo causa y salir así al reino de las ideas como a un paisaje de plena libertad.

Y bien, no sería nada arbitrario identificar a la totalización representacional como el fantasma que asedia a Frege. Primero su filosofía de la aritmética y con ella su logisismo; luego el desarrollo de su semántica generalizada del pensamiento, es su respuesta, aguda y eficaz frente a esa amenaza, pero no a entera satisfacción de la exigencia lógica, que con honestidad intelectual, intentó no resignar.

Su logisismo no falló por hacer pensar a la matemática, sino en todo caso por enfrentarse a la paradoja, pero ¿qué pensamiento llevado hacia su extremo no se topa tarde o temprano con ella? Y si su semántica permanece abierta a la disputa y a la necesidad de reajustes, da muchas respuestas a importantes preguntas. Pero cuando inevitablemente intenta alcanzar una perspectiva filosófica más amplia, que armonice los planos epistémico, semántico y ontológico, se topa con límites insuperables y, sobre todo, con la sombra de la representación, ya definitivamente asimilada a la poesía.

Esto ocurre paradigmáticamente en su texto “El pensamiento. Una investigación lógica”. En este ensayo, Frege fuerza su semántica hasta dar cuenta incluso del funcionamiento de los pronombres en las proposiciones, lo que no había sido tratado en su conocido “Sobre sentido y referencia”. Se trata de un forzamiento porque la introducción del yo como un componente del pensamiento, uno que solo puede ser captado por aquel que lo piensa referencialmente dirigido hacia sí mismo, tiene todos los escollos para hacer zozobrar o aun naufragar su barca semántica.

Pero gracias a sutiles reajustes elaborados por otros filósofos que retomaron el asunto, a nivel de la semántica fregeana la intromisión del yo no logra desatar su mayor poder corrosivo. Donde esto ocurre es, como era de esperarse, en el plano metafísico, arrastrando como una plomada al fondo del mar a todo el resto: al lenguaje mismo. Será provechoso citar algunos pasajes cruciales de “El pensamiento...”, cargados, por lo demás, de dramatismo literario y, por qué no decirlo, de chispa poética:

Me he considerado como portador de mis representaciones, pero ¿no soy yo mismo una representación? Me siento como si estuviera tendido en un diván, como si viera la punta de un par de botines lustrados, la parte delantera de un pantalón, un chaleco, botones, partes de una chaqueta, especialmente mangas, dos manos, algo del pelo de una barba, contornos difusos de una nariz, ¿Soy yo mismo este conjunto de impresiones visuales, esta representación total? (...) Pero dónde está el portador de estas representaciones? (Frege 2017, pág. 175)

Y en verdad, como muchos años antes Hume, tampoco Frege lo encuentra. Ve la opción vertiginosa que se le presenta si no logra rescatarse del torbellino, pues afirma - casi a los

gritos, podríamos sentir -: “Que yo esté encajonado dentro de mí mismo hasta el infinito es, por cierto, inconcebible, pues no habría entonces un solo yo, sino una cantidad infinita de yoes” (pág. 176). Y bien, queremos decirle a Frege encogiéndonos de hombros: no habría. Es lo que concluiríamos poéticamente, como entendemos concluyeron un Antonio Machado o más aún un Fernando Pessoa, como veremos. Pero Frege decreta: “Yo tengo una representación de mí mismo, pero no soy esa representación” (pág. 177) ¿Se expone con esto Frege a trescientos años de crítica al cartesianismo o similares? Por otra parte, Frege, - como tampoco Descartes -, no quiere salvarse solo, por lo que envalentonado por su propio grito concluye que no solamente él no es una representación sino que tampoco lo es su hermano (*Idem*).

Pero habrá advertido que su convicción metafísica acerca de sí mismo y de su hermano era más un alarido que una conclusión, porque vuelve a considerar una vez más que cuando está seguro de ello puede equivocarse, que hay errores de esta clase. Es justamente en este punto de su indagación que confiesa: “caemos entonces contra nuestra intención en la poesía” (pág. 178). Y por lo que siguió escribiendo aun, termina, precisamente, dando consistencia a su fantasma: *si todo es representación, todo es poesía*, concluye.

Finalmente, para evitar esta resignación, solo le queda el gesto platónico de postular un tercer reino, como Platón el mundo de las Ideas. En ese reino quedarían a salvo del contagio representacional tanto el pensamiento como la verdad. Frege pensó que el pleno acceso al mismo requería mantener a raya y pulir el lenguaje hasta que transparente la estructura lógica del pensamiento, la que corresponde a lo real, no a la poesía.

Pero hay cierta ingratitud en esta actitud. Porque para que su sí mismo y la realidad en sí y por sí de los pensamientos no sean devorados por el huracán de las representaciones, Frege se aferra a una palabra: *fassen*, que él mismo reconoce como metafóricamente aplicada en este contexto. Es decir, lo salva una metáfora, como si fuera poesía. La palabra está muy bien elegida, no sólo por alguna acepción en particular sino incluso por su polisemia, que recorre desde *comprender* hasta *aferrar*, pasando por *captar* y *capturar*.

Además, Frege no solo es metafórico a favor de su doctrina sino también en contra de la opuesta, pues la expresión *portador de mis representaciones* en su rivalidad con *captador de pensamientos* es una confrontación entre metáforas. El problema no es que recurra a metáforas sino que no reconozca en ellas un instrumento válido para su investigación que, además de lógica, no puede dejar de ser poética.

Podríamos ilustrar el punto con aquella fabulada escena legendaria en la cual Homero pregunta a unos jóvenes pescadores si pescaron algo, a lo que estos le respondieron: “lo que hemos pescado lo tiramos; lo que no hemos pescado lo llevamos con nosotros”. Referido a los peces hay enigma, el que desaparece si, como se supone, los pescadores se refirieron a los piojos que en ese momento se sacaban mutuamente de sus cabezas. Lo que a Frege repugna es aceptar que nuestros pensamientos sean “esas cosas que se te meten en la cabeza”, como piojos. “Que cada quien se haga cargo de sus representaciones, que los pensamientos se hacen cargo de sí mismos”, parece decirnos.

Pero ya que hablamos de pesca, cuestionemos la asimilación que Frege hace de la poesía a representaciones a las que niega el acceso al pensamiento, a través de un breve poema de Pablo Neruda:

Si cada día cae
dentro de cada noche
hay un pozo

donde la claridad está encerrada.

Hay que sentarse a la orilla
del pozo de la sombra
y pescar luz caída
con paciencia.
(Neruda 1973, pág. 83)

La primera estrofa es un condicional construido a partir de tomarse en serio una metáfora ya lexicalizada. Al desplegarla dentro de una estructura lógica, su poder metafórico se reabre, permitiéndonos encontrar lo que José Lezama Lima llamó un *súbite*: en este caso, la imagen de una claridad encerrada, gracias a la cual el día y la noche se mantienen ambos reales y mezclados, simultáneamente. Finalmente, la segunda estrofa avanza hacia una redención contra el tiempo, para lo cual hay que *pescar luz*, como se *capta una idea*¹.

Y ya que hemos sumado al complejo barroco Lezama Lima, valga esta cita precisamente a propósito del *súbite* hallado entre palabras del idioma alemán:

Existe también lo que he llamado *el súbito*, que lo podemos considerar como opuesto a la *ocupatio* de los estoicos. Por ejemplo, si un estudioso del alemán se encuentra con la palabra *vogel* (pájaro) después tropieza con la palabra *vogelbaum* (jaula para pájaro) y se encuentra después con la palabra *vogelon*, de súbito, al restallar como un fósforo la causalidad “pájaro” y “jaula para pájaro”, se encuentra con el incondicionado *vogelon*, que le entrega el significado de pájaro penetrando en la jaula, o sea, la cópula (Méndez Martínez, Roberto 2010, páginas 48 y 49)²

Tómense estas referencias a obras poéticas como herramientas para una crítica de la filosofía desde la poesía, cuando aquella expulsa a esta de sus análisis o teorías. Pero también valdría reconocer que para que la poesía pueda sumar su potencia a la filosofía, el galope de sus metáforas debe apuntar a que la imagen en la que encuentren su resuello, acompase su respiración final en la cercanía de la idea, como ilumina el poema de Neruda.

¹ Podemos permitirnos la humorada – aunque es algo más que una humorada - de imaginar “el poema fregeano” tomando como pauta el de Neruda:

Si cada objeto cae
bajo un concepto,
hay un pensamiento
donde el sentido está encerrado.

Hay que sentarse a orillas
de la proposición
y pescar verdad caída,
con paciencia.

La diferenciación fregeana radical entre pensamiento y poesía no se limita a su artículo “El pensamiento...” sino que se continúa, por la misma época, en su artículo sobre la negación. En efecto, en el comienzo del mismo, cuando Frege delimita el terreno de su investigación a través del vínculo entre la pregunta y la respuesta verdadera afirmativa a la pregunta, aclara que ese hilo conductor funciona siempre y cuando “...el pensamiento no pertenezca a la poesía” (Frege 2017, pág. 187). Es interesante que aquí la poesía aparece incluida en el pensamiento, dándose pie a concebir que hay pensamiento poético, aunque desvinculado de la verdad – y también de la fasedad, claro -.

² Este es un fragmento de una comunicación oral citada en la obra de referencia. Para un desarrollo extenso del concepto véase “Preludio a las eras imaginarias”, en Lezama Lima 2007, páginas 240 a 258

En definitiva, intentar reducir la poesía a representación y esta a un episodio insignificante de nuestra psicología, es empobrecer su concepción y la potencia del pensamiento con todos sus matices, tanto poéticos como conceptuales. Procuraremos avanzar hacia una comprensión mayor de los vínculos entre filosofía y poesía, atendiendo a la significación filosófica del pensamiento poético de algunos poetas filósofos, como gustamos decir.

“La filosofía se inicia de modo antipoético, por una pregunta sobre el ser de las cosas. La poesía lo hace siempre por una respuesta a una pregunta no formulada”, nos dice María Zambrano (2012, pág. 66). O dicho con un acento ligeramente diferente: el comienzo de la poesía es una respuesta a una pregunta informulable; la filosofía es una pregunta cuya respuesta es informulable. ¿No estaremos entonces ante una bifurcación definitiva? ¿Cómo sería posible trazar caminos comunicantes?

La fácil conciliación por vía de complementación es un espejismo, el que resulta de propiciar un encuentro directo entre la respuesta poética y la pregunta filosófica. Por el contrario, debemos conservar aquí la heterogeneidad que se presenta entre ambos comienzos, para habilitar otro puente de doble mano: cuando la poesía abandona su respuesta puede llegar a su pregunta, pero transformándose en filosofía; y viceversa, si el problema filosófico logra su resolución, esta no será filosófica, y en el contexto presente, se declinará como poética, en cuyo caso el problema mismo queda transformado.

No cualquier punto del camino resultará propicio para construir un puente. El primero de ellos es la común aspiración hacia lo incondicionado que signa ambos campos. Pero mientras la filosofía se define por la renovación inagotable de la distancia entre condicionado e incondicionado, distancia en la que cabe y crece su eterna pregunta, la poesía instaaura un anudamiento creador entre ambas instancias, radicalmente heterogéneas entre sí.

Paul Valéry, en un notable texto de cuya complejidad y riqueza no podremos dar cuenta aquí, se propone la tarea de pensar el vínculo entre la poesía y el pensamiento abstracto. A partir de una rigurosa crítica del problema heredado a través de teorías acumuladas, apelando incluso a la comunicación de sus experiencias personales, arriba al estado poético en su nacimiento mismo, para encontrar que en él anidan diversas virtualidades, según sean los medios a disposición de su desarrollo; los acentos y dimensiones en cada caso focalizados.

En ese estado naciente, el poema aparece como una tarea específica para el poeta, como lo sería la partitura para el músico, la tela para el pintor e incluso la idea para el pensamiento. Lo que se destaca en la concepción valéryana del estado poético, es la idea de que el poema creará una necesidad que mantendrá imborrable el vínculo entre sonido y sentido; vivo para siempre, mientras sea reconducido hacia el germen del que surgió. En palabras del propio Paul Valéry:

...el poema no muere por haber vivido, está hecho expresamente para renacer de sus cenizas y volver a ser infinitamente lo que acaba de ser. La poesía se reconoce por la propiedad de que tiende a hacerse reproducir en su forma: nos estimula a reconstruirla idénticamente. (Paul Valéry 2010, páginas 248 y 249)

Y unas líneas más abajo, Valéry explica esta propiedad del poema a partir de un símil con un péndulo en movimiento, que va desde el extremo de los recursos del lenguaje (el sonido, la forma, “la *Voz* de la poesía en acción”) hacia el otro extremo en donde se instala el fondo, el sentido, la idea. Entonces concluye:

El péndulo vivo que ha descendido del *sonido* hacia el *sentido* tiende a remontarse hacia su punto de partida sensible, como si el sentido mismo que se propone a nuestra mente no hallara otra salida, otra expresión, otra respuesta que esa misma música que le diera origen.

De tal modo, entre la forma y el fondo, entre el sonido y el sentido, entre el poema y el estado de poesía, se manifiesta una simetría (...)

Nuestro péndulo poético va de nuestra sensación hacia una idea o hacia un sentimiento, y vuelve hacia un recuerdo de la sensación y hacia la acción virtual que reproduciría esa sensación. (...)

Entre la Voz y el Pensamiento, entre el Pensamiento y la Voz, entre la Presencia y la Ausencia, oscila el péndulo poético. (*Idem*, pág. 249)

Curiosamente, se ha operado una sutil inversión: el poema en sus formas encuentra su condición poética en su fondo, que es acto, pensamiento, filosofía. En efecto, agrega Valéry, “la más auténtica filosofía no está en los objetos de nuestra reflexión, sino en el acto mismo del pensamiento y en su operación” (*Íbidem*, pág. 253).

En resumen, Valéry, que despreciaba explícitamente la metafísica o la teoría filosófica en general, encuentra a la poesía y a la auténtica filosofía, hermanadas en el estado poético, en el germen del que surge a la vez el poema y la idea.

Esta feliz confluencia entre filosofía y poesía puede convertirse incluso en clave de lectura de ciertas obras literarias como, nos parece, la de Jorge Luis Borges. En su ensayo sobre Miguel de Unamuno, Borges nos proporciona una valiosa pista para esa clave, al afirmar del maestro español lo que diremos del escritor argentino: es un poeta filosófico en sentido esencial, pues es un sentidor de la dificultad metafísica (Borges 2014, páginas 96-97). Este vínculo esencial entre filosofía y poesía, se da de un modo fluido e integral en la obra de Borges, en el siguiente sentido: la poesía expresa el encuentro íntimo con lo real, cuya intelección requiere el despliegue vívido de los problemas filosóficos subyacentes en las ficciones, para ilustrar con argumentos (ensayos) el orden de las razones de dichos problemas.

Es de la filosofía de donde proviene la articulación estratégica de la obra de Borges, porque ¿qué son en esencia las ficciones borgeanas, en la economía de la obra tomada en su conjunto, sino anécdotas para que lo poético realice su incidencia metafísica? Poemas y ficciones alcanzan en la perplejidad metafísica el sentido final de su acontecer. Y así como cabe decir de la vocación filosófica, que ansía disolverse en su camino hacia el conocimiento de lo real, tengamos presente la siguiente consideración borgeana sobre la literatura, como “un arte que sabe profetizar aquel tiempo en que habrá enmudecido, y encarnizarse con la propia virtud y enamorarse de la propia disolución y cortejar su fin” (Borges 1995, página 63).

La tesis sustantiva que está detrás de esta concepción, la encontramos resumida por Borges mismo en estos términos:

La realidad no ha menester que la apunten otras realidades. No hay en los árboles divinidades ocultas, ni una inagarrable cosa en sí detrás de las apariencias, ni un yo mitológico que ordena nuestras acciones. La vida es apariencia verdadera. No engañan los sentidos, engaña el entendimiento, que dijo Goethe: sentencia que podemos comparar con este verso de Macedonio Fernández:

La realidad trabaja en abierto misterio. (Borges 2014, página 89)

Y un poco más adelante, oportunamente en un ensayo sobre Berkeley, Borges insiste:

...la realidad no es un acertijo lejano, huraño y trabajosamente descifrable, sino una cercanía íntima, fácil y de todos lados abierta (...) La Realidad es como esa imagen nuestra que surge en todos los espejos, simulacro que por nosotros existe, que con nosotros viene, gesticula y se va, pero en cuya busca basta ir, para dar siempre con él.
(*Idem*, páginas 104 y 112)

Volvamos una vez más a Schopenhauer y a Frege. El primero nos dice que el extenso ámbito de la representación incluye por igual al par indisoluble sujeto-objeto. Esto lleva inevitablemente a aceptar que el sujeto mismo se difumina en objetos, en una especie de juego de imágenes al infinito. Frege se rebela contra esto; quiere romper esa burbuja, para lo cual intenta poner al yo y al pensamiento a salvo de la voraz representación. Pero señalamos la debilidad del argumento final y el inevitable recurso a la metáfora para sostenerse en esa conexión con una realidad más allá – o más acá – de las representaciones.

Esta es también la aspiración de todos los poetas filósofos que saben que la propia poesía viene envuelta en metafísica. ¿Pero es verificable o al menos decible esta metafísica o solo poetizable, que por cierto es una forma de decirla o al menos mostrarla? Veamos algunos versos de algunos poemas de otro de esos grandes poetas filósofos: Fernando Pessoa, ambos compuestos por encargo de su heterónimo Alberto Caeiro:

De Poemas inconjuntos:

Lo que vemos de las cosas son las cosas
¿Por qué habíamos de ver una cosa si hubiese otra?
¿Por qué ver y oír sería engañarnos
si ver y oír son ver y oír?
(---)

También sé hacer conjeturas.
En cada cosa hay aquello que es ella y que la anima.
En la planta está afuera y es una ninfa pequeña.
En el animal es un ser interior, lejano.
En el hombre es el alma que vive con él y ya es él.
(---)

De El guardador de rebaños:

(...)
La naturaleza es partes sin un todo.
Esto es tal vez ese misterio de que hablan.
(...)

Si quieren que yo tenga un misticismo, está bien, lo tengo.
Soy místico, más sólo con el cuerpo.
Mi alma es pura y no piensa.

Mi misticismo es no querer saber.
Es vivir y no pensarlo.
(...)

Hay suficiente metafísica en no pensar en nada.
(...)

(...)

También es necesario no tener ninguna filosofía.
Con filosofía no hay árboles: no hay más que ideas.

(...)

En estos pocos versos comprendemos que este yo poético de Pessoa, el mencionado Alberto Caeiro, hace de la no filosofía una filosofía y en sus poemas convierte la pura presencia de lo que se manifiesta en la única metafísica real, esa que porque hay algo en lugar de nada, permanece indecible, aunque de ella quepa hacer conjeturas. Conjeturas, por otra parte, que solo son habilitadas por vía de la imagen.

Pero a Pessoa no solo no le bastó con un único yo poético – de ahí que tuviera tantos -, sino que necesitó darle a Caeiro un discípulo filósofo, lleno de filosofía explícita. Se trata de Antonio Mora, que de algún modo desarrolla el orden de razones de la poesía de su maestro. En resumen, en relación a nuestro tema, sostiene Mora:

El arte tiene por finalidad dar reposo al espíritu. Es el sueño de las civilizaciones. La filosofía entra en la categoría de arte. La filosofía fue primero una “ciencia”... Hoy la filosofía debe pasar a ser un arte – el arte de construir sistemas del Universo, sin otro fin que el de entretener y distraer fabricando bellos sistemas.

Todos los sistemas filosóficos deben ser estudiados como obras de arte.

(...)

La metafísica es un arte; tiene las tres características de la obra de arte: la subjetividad (es decir, es la expresión de un temperamento), la incertidumbre de los fundamentos sobre los que se asienta y la inutilidad práctica (Pessoa 2015, páginas 137 y 143)

¿Qué sería tomarse en serio la filosofía de Antonio Mora? Creo que sería tomarla como prosa poética en diálogo con algunos filósofos, como en efecto ocurre en sus textos. Allí aparecen Platón, Condillac, Descartes y Kant, por lo menos. En cuanto a la asimilación de la filosofía con el arte, cabe recordar esta notable reflexión de Georg Simmel: “si llamamos arte una imagen del mundo visto a través de un temperamento, entonces la filosofía es un temperamento visto a través de una imagen del mundo” (2005, pág. 25).

Esta es una diferencia profunda que se sustenta en todo un complejo desarrollo de Simmel en la madurez de su obra. No cabe exponer ese desarrollo aquí. Nos limitamos a destacar que el gozne fundamental del juego está para Simmel en el hecho de que la acción filosófica radica en la unificación del mundo a través de una imagen totalizadora. Obsérvese que esto es precisamente lo que niega Caeiro en sus poemas: “La naturaleza es partes sin un todo”. Y Mora, su voz filosófica, refuerza: “*No hay mundo en su conjunto*. No hay sistema del Universo” (2015, pág. 96). Según su diagnóstico, esa unificación es una proyección de nosotros mismos que, como vimos en Frege, debemos sostener bajo el concepto de un yo irrepresentable – aunque sea una exigencia gramatical sin metafísica, agregamos en vena wittgensteiniana - .

Claro que podríamos limitar el alcance de la caracterización simmeliana de la filosofía, ya que no se aplica a toda la filosofía sino a aquella con vocación de sistema, aunque sea en sentido amplio. También están los escépticos, o variantes más difíciles de clasificar como el Wittgenstein de *Investigaciones filosóficas (If)*. Este último caso es fascinante porque desarmaría la tensión filosofía-poesía a través de su técnica de los juegos de lenguaje. La lista – no exhaustiva - de los mismos en la sección 23 de *If* puede leerse como un poema

al que faltan la poesía y la filosofía como unos juegos de lenguaje entre otros. (Los agregaré por mi cuenta donde elijo ponerlos; otros quizá los ubicarían en otro lugar):

Dar órdenes y actuar siguiendo órdenes-
Describir un objeto por su apariencia o por sus medidas-
Fabricar un objeto de acuerdo con una descripción (dibujo)-
Relatar un suceso-
Hacer conjeturas sobre el suceso-
Formar y comprobar una hipótesis-
Presentar los resultados de un experimento mediante tablas y diagramas-
Inventar una historia; y leerla-
HACER UN POEMA; LEERLO-
Actuar en teatro-
Cantar a coro-
FORMULAR UN PROBLEMA FILOSÓFICO; DISOLVERLO-
Adivinar acertijos-
Hacer un chiste; contarlo-
Resolver un problema de aritmética aplicada-
Traducir de un lenguaje a otro-
Suplicar, agradecer, maldecir, saludar, rezar.

El propio Wittgenstein escribió que se debía poetizar la filosofía, pero que él encontraba su propio límite en ello. Sin embargo, quizá lo logró al convertir los problemas filosóficos en series entrecruzadas de juegos de lenguaje, los que pueden verse como escenas teatrales en una exposición. Así vistos, captaríamos un efecto poético en ese pensamiento, en esa filosofía.

Para hacer converger filosofía y poesía de este modo, ayuda recordar que es el mismo lenguaje el que nos hace filósofos y poetas; ningún otro misterio que el mero y, hasta cierto punto trivial, hecho de hablar. Un poeta filósofo que ejemplifica bien esta mutua amabilidad entre filosofía y poesía es Antonio Machado, con sus *apócrifos*: Juan de Mainera y su maestro Abel Martín. Así como Pessoa creó poetas y filósofos heterónimos, Machado creó estos dos apócrifos filosóficos. La idea de apócrifo la aplica Machado a toda dimensión ontológica, construyendo una distancia en la que quepa lo que llama duda poética, esto es, una duda que no suspende toda creencia sino más bien la debilita en su tendencia a dogmatizarse y que para ello, se aplica incluso a sí misma.

La concepción poético-filosófica de Machado es bastante más compleja de lo que podría suponerse cuando uno tiene presente la aparente sencillez de su poesía. Dado que no puede ser objeto de esta presentación dar cuenta cabal del conjunto de sus ideas, conformémonos con señalar su motivo fundamental: una idea esencialmente dialógica de la razón, siempre abierta y flexible, no sólo frente a su insuficiencia para autofundarse, sino por su dependencia de la naturaleza de su condición metafísica y poética.

Algunos fragmentos nos darán un mejor indicio de esta perspectiva de los filósofos apócrifos de Machado para establecer esos vínculos amables entre la filosofía y la poesía:

-Hay hombres, decía mi maestro, que van de la poética a la filosofía; otros que van de la filosofía a la poética. Lo inevitable es ir de lo uno a lo otro, en esto, como en todo. (1986 pág. 137)

...el poeta debe apartarse respetuosamente ante el filósofo, hombre de pura reflexión, al cual compete la ponencia y explanación metódica de los grandes problemas del pensamiento. El poeta

tiene su metafísica de andar por casa, quiero decir el poema inevitable de sus creencias últimas, todo él de raíces y de asombros. (1986 pág. 174)

Los grandes poetas son metafísicos fracasados.

Los grandes filósofos son poetas que creen en la realidad de sus poemas.

El escepticismo de los poetas puede servir de estímulo a los filósofos. Los poetas, en cambio, pueden aprender de los filósofos el arte de las grandes metáforas (...)

También de los filósofos pueden aprender los poetas a conocer los callejones sin salida del pensamiento, para salir – por los tejados – de esos mismos callejones... (1986 pág. 134)

Algún día – habla Mainera a sus alumnos – se trocarán los papeles entre los poetas y los filósofos... y estarán frente a frente poeta y filósofo – nunca hostiles – y trabajando cada uno en lo que el otro deja. (1986 pág. 192)

Nuestra lógica pretende ser la de un pensar poético, *heterogeneizante*, *inventor* o descubridor de lo real. (1986 pág. 147)

El poeta es un pescador, no de peces, sino de pescados vivos; entendámonos: de peces que puedan vivir después de pescados. (1986 pág. 80)

El poeta como pescador, una vez más. Pero también el filósofo que *fessen* pensamientos, al decir de Frege. Cada quien con su anzuelo de palabras para ir más allá de ellas hacia la *idea*, hacia la *imagen*. Y es aquí donde conviene ubicar la tensión, que no desaparece en las confluencias, siempre parciales y provisionales. Podríamos decir que la bifurcación se da cuando pretendemos expresar en el lenguaje una adecuación perfecta entre el concepto y la imagen. Dado el fracaso inevitable de la intencionalidad, los caminos del filósofo y del poeta se alejan todo lo que pueden, antes de volver a fluir uno dentro de otro.

En el comienzo hay un germen que puede dar cualquier planta: arte, ciencia, filosofía o incluso, para su gloria y su miseria, una vida desbordada. Si el germen es filosófico, arribará a un delta de cuestiones y problemas típicos; si es poético, exigirá el poema. Pero en el germen ambos elementos pueden estar mezclados, de modo que guardarle fidelidad nos conducirá al reconocimiento mutuo entre el instrumento fértil para la poesía: metáfora e imagen, y el de la filosofía: análisis y concepto. Acentuar la incompatibilidad es perder por las dos vías; reconocer la tensión real entre ambos impulsos habilitará legítimas confluencias, por frágiles que puedan ser.

Bibliografía

- Borges, Jorge Luis (1995), *Discusión*, Madrid, Alianza editorial
(2014) *Inquisiciones/Otras inquisiciones*, Bs. Aires, Random House Mondadori
Cervera Salinas, Vicente (2007), *La poesía y la idea*. Fragmentos de una vieja querella, Murcia, Universidad de Murcia
Frege, Gottlob (2017), *Escritos lógico-filosóficos*, Buenos Aires, Colihue
Lerner, Ben (2016), *El odio a la poesía*, Barcelona, Alpha Decay
Lezama Lima, José, (2007) *Confluencias (Ensayos sobre Poesía)*, Madrid, Editorial Dilema
Machado, Antonio (1986), *Juan de Mainera*, Buenos Aires, Hyspamérica
Martínez Hernández, José (2019), *Antonio Machado, un pensador poético*, España, Almuzara

Méndez Martínez, Roberto (editor) (2010), *Valoración múltiple. José Lezama Lima*, Cuba, Casa de Las Américas

Neruda, Pablo (1973), *El mar y las campanas*, Buenos Aires, Losada

Pessoa, Fernando, (1997) *Antología poética*, Madrid, Espasa Calpe

(2015) *El malestar del presente. Escritos de Antonio Mora*, Buenos Aires, Cuenco de plata

Schopenhauer, Arturo (1987), *El mundo como voluntad y representación*, México, Porrúa

Simmel, Georg (2005) *Problemas fundamentales de la filosofía*, Buenos Aires, Prometeo

Valéry, Paul, (2010) *De Poe a Mallarmé. Ensayos de poética y estética*, Buenos Aires, Cuenco de plata

Wittgenstein, Ludwig (1999) *Investigaciones filosóficas*, Barcelona, Altaya

Zambrano, María (2012), *El hombre y lo divino*, México, F.C.E.